

RECENSIONES

G. ROWELL (ed.), *The English Religious Tradition and the Genius of the Anglicanism* (Oxford: IRON 1992) 256 pp.

Este libro ha nacido como fruto de la compilación de una serie de ponencias que diversos autores anglicanos pronunciaron a lo largo del pasado año 92 para celebrar el bicentenario del nacimiento de una importantísima figura dentro del Anglicanismo: John Keble. Sin duda, el personaje de Keble no puede ser más apropiado para reflexionar sobre la tradición religiosa inglesa y el «espíritu» del Anglicanismo. La relevancia que este autor ostenta en el interior de la Comunión Anglicana como figura insigne del así llamado anglocatolicismo, lo convierte en un ineludible punto de referencia a la hora de un acercamiento a o que significa la Tradición y la Iglesia en la misma teología anglicana.

Pasando más directamente a la obra, tenemos que señalar la gran diversidad de temas y tratamiento de los mismos, ya que, como antes hemos indicado, han ido componiéndose por separado y por diferentes autores. De todos modos, hemos de notar un denominador común y es que las diferentes ponencias o capítulos han sido compuestas por autores pertenecientes a la rama anglocatólica o *High Church*.

Los temas estudiados por las diferentes ponencias o capítulos dotarían al libro mismo de una cierta estructura. Tras la breve introducción del editor, aparecen cuatro primeras ponencias que tratan de buscar el origen mismo del «espíritu» del Anglicanismo en distintas figuras anteriores a la Reforma de Enrique VIII. El Venerable Beda, Anselmo de Cartorbery, lady Juliana de Norwich y John Wyclif serían cuatro significativos personajes de esta «tradición religiosa inglesa» que, por

otro lado, se pretende presentar como línea continua, sin interrupción y en la que la Iglesia (anglicana) de Inglaterra aparecería, así, como la sucesora directa de la Iglesia apostólica en esas latitudes. Tras este primer «bloque», podemos contemplar otras siete ponencias pero esta vez dedicadas ya a personajes relevantes dentro del Anglicanismo propiamente dicho. Thomas Cranmer, Richard Hooker, George Herbert, Lancelot Andrewes, los hermanos Wesley, el propio John Keble y, por último, William Temple son las figuras escogidas para seguir marcando este *iter* desde los comienzos de la Reforma en el siglo XVI hasta prácticamente nuestros días.

Con esto se habría ofrecido una visión suficiente para mostrar el «espíritu» del Anglicanismo a través de la historia. Y así, en un último apartado, tenemos un interesante artículo del actual obispo de Ely, que viene a plantear los problemas y retos ante los que se encuentra encarado el Anglicanismo hoy y a los que habría que dar respuesta, apelando precisamente a ese «espíritu» que habría posibilitado una auténtica y verdadera teología anglicana de la Iglesia. Por último, el libro se cierra con dos sermones sobre Keble que pondrían el punto final a la obra que intentamos presentar.

De todos modos, en una recensión, además de la presentación de la obra, también se pide una cierta valoración de la misma, pero resulta difícil dar una valoración general de la obra debido a la complejidad a la que antes hemos aludido. Sin embargo sí que podemos hacer algunas observaciones. La primera cuestión nace directamente de la lectura de los primeros cuatro capítulos: ¿no se trata de justificar algo que no es tan fácil de justificar? El ir tan atrás en la historia buscando lo que serían las mismas «raíces» de la Reforma anglicana, ¿en qué medida podría ser válido? Los mismos autores, más o menos implícitamente, así nos lo dan a entender, señalando la dificultad de este acercarse a la historia. A veces, el riesgo de proyectar desde nuestro presente una serie de ideas sobre lo ocurrido en el pasado es una tentación y un peligro que no siempre es fácil de mantener al margen de un estudio de este tipo.

Por lo que respecta al segundo bloque de ponencias, el lector puede estar más o menos en consonancia con lo que allí se expone, dependiendo de los diferentes autores que las han llevado a cabo. Dejando aparte otras cuestiones, creo que se trata de una parte bastante completa que abarca teología y espiritualidad, mística y práctica... diferentes aspectos de lo

que podría denominarse el «espíritu» anglicano. Las figuras elegidas para desarrollar el tema vienen a seguir una línea que facilitaría, en gran medida, el objetivo que la obra se propone para celebrar el bicentenario de Keble: la exposición de la «tradición religiosa inglesa» y el «espíritu del Anglicanismo». Quizá, incluso, otros anglicanos de corte más evangélico habrían preferido verse más reflejados con otros personajes que sintonizaran más con su propio estilo específico dentro del Anglicanismo. De todos modos, se trata de una parte importante para conocer toda una historia dentro del Anglicanismo, que vendría a coincidir en muchos aspectos con el propio Catolicismo.

Pero es, sin duda, el último capítulo el que creo que viene a sorprender un poco al lector con una visión equilibrada e interesante del Anglicanismo de hoy. El hecho de que esté escrito por un obispo puede sorprendernos aún más, al ver la sinceridad y claridad con que plantea los problemas e intenta darles una solución. El hecho de que se señale el problema de la autoridad en la Iglesia como una tarea pendiente dentro de la Comunión Anglicana, vendría a poner de manifiesto la coincidencia con las mismas observaciones críticas que Roma hacía respecto a la *Relación Final* de la ARCIC-I. El autor señala, en concreto, dos dimensiones respecto a este problema. Por un lado, el *sujeto* de esta autoridad, y , por otro, y en el que hace más hincapié, en los mismos «corazones» de los anglicanos para aceptar esta autoridad. La solución a este problema residiría, según este autor, en una teología *anglicana* de la Iglesia que sería la que ha estado en el fondo de toda la reflexión específicamente anglicana, y que podría hoy, fundándose en esta tradición, sacar al Anglicanismo de los problemas ante los que se enfrenta.

Si bien creo que a la hora de plantear y delimitar los problemas el autor ha hecho una magnífica exposición de los mismos, me parece que la solución de éstos es un poco simplista y podía haber profundizado un poco más. En resumen, creo que estamos ante una obra que, como tantas otras que nacen de compilación de diferentes artículos de diversos autores, es difícil de calificar de una manera global. No obstante, el juicio es positivo, tanto por la riqueza de temas tratados como por la agilidad de su lectura, ya que, al tratarse de ponencias, utiliza un lenguaje muy asequible.

Francisco Javier Valero

D. THERAÏOS, *Le malaise chrétien. Archétypes marxistes de la théologie de libération* (Ginebra: Georg; y París: O.E.I.L. 1987) 380 pp.

El punto de vista de este libro profético ha encontrado en la caída del muro de Berlín su más plena confirmación. La más trágica equivocación del marxismo fue su yerro sobre la verdad del hombre. ¿Podría una asunción por parte del cristianismo de esta imagen arruinada del hombre engendrar esperanza de futuro cierto? El espejismo padecido por el cristianismo occidental latinoamericano consiste en esta asunción estéril y dramática. Démèter Thérarios, cristiano ortodoxo, alumno de Heidegger y profesor en Atenas, ofrece en este libro fascinante, mitad diario y mitad propuesta analítica del cristianismo marxista latinoamericano que explora, los males profundos que padece esta concepción enferma de lo cristiano. Según él, los arquetipos de la religión precristiana de América se funden con los arquetipos religiosos del paganismo greco-romano para dar por resultado una concepción prometéica y racionalista del cristianismo, legitimadora de un proyecto político marxista, antagónico de Cristo, que termina por desviar decididamente la fe hacia un futuro del hombre no mejor que el presente odiado, un futuro siempre humano e ignorante de la redención divina.

Un libro del que la teología de la liberación sale malparada y descubierta en sus carencias y malformaciones. No significa esto que el autor no entienda las razones históricas de una propuesta teológica como la de la teología de la liberación, ni que ignore los motivos profundos del mal llamado Tercer Mundo para buscar un proyecto político de inspiración marxista, ya fenecida en sus aspiraciones imposibles. Significa sólo que estas fallidas aspiraciones han pretendido apoyarse en una concepción radicalmente antagónica de la que la fe cristiana tiene de Dios y del hombre, según trata de aclarar en su reflexión original y luminosa. El autor, sin embargo, no deja de advertir sobre el error de un compromiso ecuménico con una orientación equivocada del cristianismo, criticando de hecho ciertas actitudes y empresas del Consejo Ecuménico de las Iglesias en los últimos lustros.

Adolfo González-Montes